Caballito Loco

Ana María Matute

DESTINO

Caballito Loco

Ana María Matute

Ilustraciones de
Albert Asensio

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1323

© Herederos de Ana María Matute, 2014

© Editorial Planeta, S. A. (2015)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

© de las ilustraciones: Albert Asensio

Primera edición: 1962
Primera edición en Ediciones Destino: marzo de 2015

ISBN: 978-84-233-4914-2
Depósito legal: B. 2.684-2015
Impreso por Unigraf, S. L.
Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Por lo alto de las montañas, cerca de los bosques, vivía una manada de caballos salvajes. El jefe de todos ellos se llamaba Yar, y era sabio y fuerte, con la crin blanca y relampagueantes ojos negros. Yar tenía varios hijos entre la manada, y todos ellos eran

muy respetados por los demás caballos, yeguas, potros y potrancas. Pues de entre ellos había de nacer el nuevo jefe que un día les gobernaría.

El más pequeño de los hijos de Yar nació una noche de luna redonda y amarilla. Su madre era una joven yegua llamada Zira. En cuanto el sol apuntó y pudo ver claramente a su hijito, que era el primero para ella, Zira se sintió tan orgullosa de él que no perdió tiempo y

corrió a conducirlo frente a Yar y toda la manada. Sin embargo, Yar no pareció tan orgulloso ni contento como Zira de aquel hijo. Lo miró largamente con sus temibles ojos negros y, al fin, dijo:

—Éste es un hijito loco, Zira. Te dará muchos disgustos y serás muy desgraciada con él.

Inmediatamente sacudió su larga crin blanca, y volviendo grupas se alejó, seguido de Zar, su altanero hijo mayor.

Al oír y ver aquello, las demás yeguas, que estaban celosas de la juventud y belleza de Zira y sobre todo del raro color dorado de su piel, les volvieron la espalda, riéndose y diciendo:

—¡Un caballito loco! ¡Qué cosa más despreciable!

Y nadie, ni caballos ni yeguas, ni potros ni potrancas, respetó al hijito de Zira como a los demás hijos de Yar.

Zira sintió una gran pena, al tiempo

que el amor más grande, y acercándose a su hijo le pasó suavemente el belfo por el cuello y las orejas, dándole su aliento, mientras decía:

—Si es locura lo que veo en tus ojos, yo amo la locura.

De este modo, Caballito Loco fue su nombre para siempre. Era muy hermoso, pero, como la luna parecía vagar por sus ojos, los demás potrillos se burlaban de él y no le querían en sus

juegos. A menudo le acosaban y le atemorizaban, porque era el más pequeño y temblaba sobre sus patas, aún demasiado largas. Y todos los potrillos, especialmente los hijos de Yar, decían:

—¡Tiene la luna dentro de los ojos! ¡Qué cosa más loca y despreciable!

Tal como lo habían oído decir a sus madres.

De este modo, Caballito Loco se

acostumbró a corretear solitario por entre los árboles.

Un día llegó el frío, y el viento empezó a llevarse las hojas de los árboles. Eran de oro, rosadas y rojas, y, como nunca hasta entonces las viera volar, Caballito Loco sintió una gran curiosidad por ellas y, persiguiéndolas como si fueran mariposas o desconocidos pájaros, llegó al otro lado del bosque y vio allá abajo el valle y las ca-

sas de los hombres. Caballito Loco quedó muy asombrado y aquella misma noche le preguntó a su madre:

—¿Quién habita al final de las montañas? He visto cosas que no comprendo.

Zira sintió un dolor muy vivo y dijo:

—Hijo mío, has ido demasiado lejos. Allí abajo viven los hombres, de los que debes huir.

—¿Por qué?